

» rosos golpes alcanzan de lejos al delincuente; » en vano es que huya, nuestro pié lo detiene, y » cae. Nuestra víctima debe oír los cánticos del » delirio, del furor, de la desesperacion, los » himnos de las furias no acompañados de la » lira, que encadenando los ánimos, desecan » también los corazones. » Pero á pesar de esto la ira de las Euménides y las penas de la otra vida solo se referian á las acciones estrepitosas y á las grandes iniquidades; teniendo por lo demas la religion poca ó ninguna influencia en las acciones cotidianas y en la voluntad, ántes bien excitando los sentidos y la imaginacion, insinuaba un vasto egoísmo y dejaba al hombre sin decoro: me refiero al hombre libre, porque en cuanto al esclavo, nada habia en ella que lo consolase ó levantase. En efecto, la sublime y animadora idea de la dignidad humana no existe en los escritores antiguos; y la moral es un sistema arbitrario, sujeto á todas las sutilezas de los sofistas, á las variaciones del tiempo y de las circunstancias, á la modificacion de las pasiones.

Entretanto la civilizacion crecia, y no se economizaba la sátira contra aquellos dioses malhechores ú obscenos (1); la ciencia, explicando naturalmente muchos fenómenos, propagaba el desprecio sobre las causas divinas á que eran atribuidos; y cuando el báculo del sacerdote se encontraba en oposicion con la espada del poderoso ó con el estilo del filósofo, se descubrían las imposturas. Entónces pretendian las religiones mejorarse por medio de abstractas sutilezas; pero estas no arraigaban en el tronco de las creencias: los filósofos echando de ver sus extravagancias, las combatian, pero no sabian crear nada mejor.

En este punto nos encontraremos en Grecia y en Roma la filosofía frente á frente con la religion. Si esta en Oriente era misterio de ciencia y de veneracion, en Occidente fué misterio de ciencia y de incredulidad. En los misterios se aprendia que cuanto el vulgo adoraba, era mentira (2); pero no por esto se atrevian los sabios á descorrer aquel velo, conociendo el gran daño que de esto podia resultar. Á la manera, pues,

(1) Eurípides ante un pueblo que adoraba á Apolo usa este lenguaje en su *Ilo*: « ¿Cómo no he de vituperarte, oh Apolo? » ¿abandonar á una jóven inocente despues de haberla seducido y dar muerte al niño de quien fuiste padre? ¡Oh, cuán indigno es esto de ti! ¡Sitienes derecho de mandar impera por la virtud. Los dioses castigan á los mortales de corazón perverso: ¿es justo que vosotros que escribisteis las leyes que nos gobiernan seáis los violadores de las leyes? Si llegare un día en que los hombres os hiciesen pagar la pena de vuestras violencias y de vuestros culpables amores, Neptuno, Júpiter y tú Apolo os veriais obligados á despojar los templos para satisfacer la deuda de vuestras iniquidades. Si á vosotros os arrastran indignas pasiones, ¿qué extraño es que los mortales se acumbamos á ellas? Y si imitamos vuestros vicios, ¿es culpa nuestra ó de aquellos cuyo ejemplo seguimos? »

Véase L. F. Alfred. — Es una obra que entre las modernas contiene el mayor desarrollo de los problemas que conciernen á esta materia, y donde se encuentran todos los resultados obtenidos hasta hoy sobre un particular tan interesante. — (Nota de 1862).

(2) Aristóteles. *Met.* III. 4, dice que no merecian la pena de ser tratadas seriamente las doctrinas mitológicas de los antiguos teólogos.

que en Oriente y en Egipto, el saber estaba encerrado en el santuario, en Grecia lo estaba en las escuelas; ni en una ni en otra parte era libre. El filósofo renegaba de la propia conciencia, y veneraba en el templo aquello de que se burlaba interiormente: de no hacerlo así, le esperaba la suerte de Sócrates y de Anaxágoras. ¿Qué medio le restaba? Replegarse á la parte especulativa de la ciencia sin curarse de la educacion de la multitud. Esta en los tiempos de Alejandro y de Augusto era tan ignorante como en los dias de Licurgo y de Numa; y todavía se condensaron las tinieblas como para oponer una masa mas compacta de errores y de ignorancia á las negaciones de algunas pocas inteligencias privilegiadas.

¿Hubiera sucedido esto si fuese la religion invencion humana? En tal caso se habria perfeccionado como lo restante del saber y como la civilizacion material; pero por el contrario empeoró á medida que se apartó de su fuente, y llegó al punto en que por necesidad habia de caer, para dar lugar á otra revelacion que redujo á sus justos límites á la naturaleza, usurpadora de la Divinidad.

CAPÍTULO XXXII

Los Heráclidas.

Aquí enlazando de nuevo la narracion, diremos que la guerra de Troya, esto es, el hundimiento definitivo de la raza pelágica, conmovió todos los reinos del Asia Menor y de la Grecia, produciendo cambios de dinastías, emigraciones, colonias, variaciones que, en tanta escasez de memorias, apenas puede seguir el historiador. Las desventuras de los jefes permitieron levantarse de nuevo á las razas por ellos subyugadas; y los Tracios se libertaron del yugo de Tébas; los Tesprotas Tesalios conquistaron la Emonia que llamaron Tesalia; los Dorios, bajando de los montes, arrojaron á Pirro de la Ftiotide en el Epiro, Idomeneo fué expulsado de Creta; y Teucro fué á fundar á Salamina en Chipre.

Con esto cobraron mayor ardimiento los Dorios. Habia en sus tradiciones nacionales un antiguo héroe, famosísimo bajo el nombre de Hércules, y creyeron reconocerlo en el dios fuerte, cuyo culto habia sido trasplantado por las colonias orientales á la Argólida, á Grecia y á Beocia. Descando bajar de sus estériles montañas á los fértiles campos del Peloponeso, tejieron para encubrir la violencia una genealogía, por la cual pretendian el derecho de ocupar aquellos países. Dijeron, pues, que Perseo, fundador de Micénas, engendró á Electrion, Estenelo y Alceo; y que este último tuvo por hijo á Anfítrion, el cual tuvo de Alcmena á Hércules, convertido en el simbolo de la fuerza empleada en pro de los primeros hombres civilizados, y despues en fantasma desmesurado

erigido entre el cielo y la tierra como para llenar aquel vacío.

Habiendo Euristeo, hijo de Estenelo, ocupado solo el poder en daño de Hércules, se originaron de aquí largas y atroces enemistades. Los Heráclidas sucumbieron; y la casa misma de Euristeo declinó de suerte que fué suplantada por la raza de Pelope, de donde tomó nombre el Peloponeso.

Los Heráclidas no cesaron de hacerle la guerra como usurpadora, y para su mejor éxito se ligaron con las salvajes tribus del Norte, principalmente con los Dorios de la Tesalia, y á la cabeza de los cuales y de los Etolios invadieron el Peloponeso. Habianlo ya intentado en vano en tiempo de Ilo, hijo de Hércules; pero en esta época, Telefo, Cresfonte y Euristenes y Prócles, hijos de Aristodemo, envalentonados con las desventuras de los príncipes, consiguieron ocuparlo, y habiéndosele arrebatado á los Pelópidas, se repartieron entre sí la península. Así Argos, Esparta, Mesenia, y Corinto, de aqueas vinieron á ser dóricas: y en la antigua Epea se establecieron los Etolios y llamaron Elide. Los Arcades se mantuvieron libres, y recibieron en su seno á las fugitivas poblaciones pelágicas.

Como la ola que empuja á otra ola, así se empujaron unas á otras todas las tribus de Grecia. Los Aqueos arrojados de la península se refugiaron en Egialea, que desde entónces se llamó Acaya, y donde tuvieron doce ciudades confederadas, á saber: Bima, Oleno, Egina, Bura, Fares, Tritea, Pellene, Leoncio, Cerinea, Egia, Helice y Pátras. La Mesenia quedó casi desierta bajo el dominio de Cresfonte; Telefo reinó en Argos; los descendientes de Aristodemo dominaron por espacio de novecientos años en la Laconia, cuyas cien ciudades quedaron reducidas á veinticinco aldeas: y la mayor parte de la Grecia se vió sumida en la barbarie.

Los Jonios evacuaron el continente á excepcion del Ática, donde fueron acogidos como de origen análogo y donde muy pronto alcanzaron gloria y poderío. Fuera de ella ocuparon casi toda la Eubea, y muchas islas del Archipiélago, y predominaron en las costas del Asia Menor, adonde llegaron con los hijos de Codro, fundando á Éfeso, Colofon, Focea, Clazomene, por lo cual este país tomó el nombre de Jonia: allí tambien fundaron los Eolios, conducidos por los descendientes de los antiguos Atridas, doce ciudades, de las cuales la principal era Esmirna, y por esto se llamó al país Eolia; y en la isla de Lésbos edificaron la ciudad de Mitilene. Una parte de los Dorios se esparció por las islas de Creta, Ródas, Cos, y por el Asia Menor, en la cual fundaron á Halicarnaso, Gnido y otras ciudades de la Dóride; y otra parte se dirigió á la Italia Meridional y á Sicilia.

Semejante confusion, que duró mas de un siglo, se parece á la que hubo en nuestra edad média, pues que dislocándose, reuniéndose, ó

coordinándose todo en un movimiento sin objeto, se constituyeron las nacionalidades que entónces equivalian á la ciudades italianas de aquella edad. La civilizacion que vino despues no borró los vestigios primitivos de estas. Los Dorios siguieron apegados á las costumbres de sus mayores; dedicados á las armas se pagaban de títulos sacados de la edad y de la familia, por cuya razon el gobierno estaba en manos de los nobles y de los ricos. Los Jonios, mas volubles y coléricos, gustaban de los cambios y placeres de la vida; eran aficionados á la navegacion y al comercio; y muy pronto sustituyeron á la aristocracia la soberanía popular, hasta el punto de sacrificar á ella el orden público y la tranquilidad interior.

Estas diferencias fueron otra de las causas por las cuales la Grecia no llegó á unificarse nunca, y que tuvieron en rivalidad perpétua á sus dos ciudades principales. Como es costumbre de las emigraciones, conservaron las divisiones patrias, y Herodoto dice sobre esto (libro I) que los Jonios estaban en la Jonia divididos en doce cantones, segun las doce ciudades que habian poseido en el Peloponeso. Por este autor sabemos tambien que usaban cuatro dialectos (1): uno los Milesios, otro los Lidios y los habitantes de Éfeso, Colofon, Lebédos, Téos, Clazomene y Focea; otro la isla de Chio y la ciudad de Eritrea, y otro la isla de Sámos.

Esta invasion, que impropriamente se asimila á colonias dóricas, aumentaba los padecimientos de los individuos, pero preparaba grande alivio para los males públicos. Las razas septentrionales estaban avezadas en sus países á la independencia personal, y su indómito vigor no consentia que se sometiese á un déspota la voluntad propia. En la guerra obedecian á un jefe, pero este cesaba cuando aquella, y la voluntad general era la ley. Enardecia semejante espíritu el tumulto de las invasiones, en las cuales estaba obligado el hombre á ejercitar su fuerza, y perdía su influencia toda clase de organizacion social.

Por tanto, á la edad heroica y feudal sucedió la comunal de las ciudades, la única posible segun el espíritu de libertad helénico, y reemplazó al carácter mitológico el comercial é industrial.

Esto hizo mas marcada la distincion entre el Oriente y la Grecia, poniendo la fiereza del Norte un dique á la debilidad asiática. Los Griegos, que al principio vivian bajo el dominio de reyes, expulsaron á las dinastías, ó restringieron sus facultades, y establecieron gobiernos en commun, que trasplantaron á las colonias; de modo que solo el apartado Epiro conservó la monarquía.

Entónces se creó el sentimiento de la libertad política, característico de la nacion griega, el cual nos advierte que al llegar aquí entramos ya en la historia europea. Las colonias exten-

(1) Τρόπους τέσσαρας. Lib. VII.

dieron el campo de experimentos de las constituciones, y multiplicaron el número de los ciudadanos que tomaban parte en los negocios públicos; en ellas se presentó primeramente la feliz alianza de la industria con las artes de la imaginación; y conociendo que el progreso se alcanza limitando el círculo de la actividad, el poeta fué distinto del historiador, el filósofo del sacerdote; y al mismo tiempo prosperaban las bellas artes por la armonía eficaz entre la mente que imagina y la mano que ejecuta; lo cual constituye otra de las diferencias entre los pueblos nuevos y aquellos que ya hemos descrito.

Estas repúblicas se componían de la ciudad con su territorio; de modo que cada una venía á tener su constitución propia, interna y municipal, variada según la condición de paridad ó disparidad de sus habitantes; lo cual sin embargo no debe hacernos incurrir en la vulgaridad de considerar la Grecia como dividida en tantos Estados cuantas eran las regiones. Si esto se verificaba en el Ática, en la Megáride, en la Lacia, que siendo territorios de una sola ciudad formaban cada una un Estado, en cambio la Arcadia, la Beocia y otros constituían tantas repúblicas cuantas ciudades comprendía su particular circunscripción. Del mismo modo en tiempo de los gobiernos municipales de Italia, se decía la Lombardía, la Marca, la Romanía, pero lejos de formar tres Estados, cada una de sus ciudades respectivas tenía magistratura, leyes y formas de administración y de justicia, no solo distintas entre sí, sino diversas también de las que regían en las ciudades inmediatas.

Confederaciones.

Pero así como todos estos ciudadanos se llamaban en común Lombardos ó Marquesanos ó Romanes, y con este nombre formaban alianzas, ó trataban de los intereses comunes, así en Grecia los Arcades y los Beocios se consideraban como un solo pueblo. Algunas ciudades se confederaban, y á veces se unían todas las de una provincia, sin alterar por esto su constitución interior. La elevación de un insigne personaje, un gran peligro y otros accidentes hacían prevalecer una ciudad, que obligaba á las restantes del país á obedecer sus órdenes; supremacía precaria que cesaba con las circunstancias que la habían producido.

Mudanzas interiores.

En el interior, las ciudades estaban sujetas á continuas mudanzas, bien porque el pueblo cambiaba el gobierno, bien porque el legislador imponía nuevos preceptos, ó porque un ciudadano ocupaba el mando. La pequeñez de los Estados, y la voluble vivacidad de los Griegos, multiplicaban las revoluciones, en las cuales entre los dolores parciales, la nación se educaba y el pueblo extendía las ideas y la experiencia, y se venían á formar legislaciones, aun hoy no del todo abandonadas.

Al que quiera juzgar con exactitud la nación griega, le importa mucho comprender el espíritu de las constituciones municipales, y hacerse cargo de que, á pesar de lo menguado de las fuerzas exteriores, las había grandes en lo inte-

rior, porque aquel espíritu municipal desarrollaba ilimitadamente el poder del espíritu público. La emancipación que siguió á la irrupción de los Heráclidas varió según los lugares, y en las ciudades jónicas tomó formas democráticas, como hemos dicho, mientras que en las dóricas se conservó la autoridad aristocrática. Mas la protección monárquica no produjo la libertad de los individuos, sino solo la libertad y poderío de las ciudades. Los Eupáridas, los nobles, dominaban en todas partes; el extranjero es excluido del derecho civil, del matrimonio, de la propiedad; la cualidad de hombre es subordinada á la de ciudadano; el individuo es inmolado á la familia y al Estado (1).

Ya hemos indicado los medios y el camino por donde se fué creando y nutriendo el espíritu nacional. Aun cuando las ciudades usaban dialectos diferentes, se consideraban, sin embargo, como si hablasen una sola lengua y por lo mismo como ramas de un tronco único; y ya en tiempo de Homero, de los pueblos no helénicos se decía que hablaban idioma bárbaro ó extranjero (2). Por lo mismo mirábase en Grecia como fondo común las producciones de sus poetas é historiadores, las cuales vinieron á formar un nuevo lazo de unión.

Era otro vínculo el consejo de los Anfictiones, reducido á mas precisa forma, y que aunque no fué una dieta de confederados, distinguía á los pueblos en Griegos y Bárbaros, ponía paz entre los primeros, insinuaba con los oráculos lo que creía conveniente, doblegaba las voluntades obstinadas, y rechazaba á los extranjeros. También los pueblos inmediatos del Asia, como Lidios y Carios, tuvieron instituciones semejantes.

La religión, no fundada sobre libros sagrados, ni ligada á un solo símbolo, ni dirigida por un cuerpo sacerdotal, mal podía atunar á toda la nación; sin embargo, el culto exterior vino á ser un vínculo accidental. Los cincuenta oráculos que conocemos en Grecia eran, á lo ménos en un principio, instituciones eminentemente nacionales, pues que salvo pocas excepciones, no se les podía interrogar mas que en griego, y en griego respondían. Los templos de Olimpia, de Delfos, de Delos, eran nacionales, y bajo otro concepto que los egipcios ó el hebreo; es decir, solamente por elección de la nación, la cual celebraba en ellos sus asambleas y sus juegos. En efecto, todas las diversas confederaciones de Grecia, además de los Anfictiones tenían sus dietas junto á los templos: en el de Apolo Triopio los Dorios del Asia; los Eolios en el de Apolo Crinao; en el templo de Neptuno, en Helice, estaba establecida la liga de las diez ciudades aqueas del Asia; en el de Neptuno, en la isla de Calauria, junto á Tre-

(1) Sobre este punto se dan mayores explicaciones en el Lib. sig., cap. XIV.

(2) Βαρβαρόνομι. *Iliada* B. 467.

zene, se juntaban las ciudades de Epidauro, Hermione, Egina, Aténas, Prusias, Nauplia y Orcomene de los Minios. Lo mismo sucedía cerca de Corinto, en Onqueste, en la Beocia, en la Eubea, en el santuario de Diana Amaurúsica, en el Panhelénico de Egina: bajo la tutela de Marte se congregaba el Areópago de Aténas, venerabilísimo concilio; y los embajadores extranjeros iban todos los años á ofrecer las primicias á las divinidades áticas.

Juegos. La religión presidía también á los juegos, que á su vez llegaron á ser lazo de unidad entre los Griegos. Á tres géneros pueden reducirse los espectáculos que se usaban en aquella época, á saber: sacerdotales, aristocráticos y populares. Pertenecían en Grecia á los primeros las fiestas de las divinidades, los misterios de Eléusis, las Tesmoforias, las Teoleries ó procesiones á los santuarios, y las Panateneas instituidas por Teseo cuando se unieron bajo sus auspicios todos los pueblos pequeños del Ática. Á ellas iban los diputados de cada cantón, llevando ofrendas á Minerva, y se arrastraba una barca en memoria de los Tesmóforos que habían llegado por mar; y á estas fiestas correspondían en Roma las religiosas de los Salios, las de Pales, las Lupercales y Saturnales. Después en la edad media, casi á esta clase se habían reducido los espectáculos que representaban los misterios.

Entre los espectáculos aristocráticos cuento los banquetes de los grandes, y las solemnidades de los funerales que vemos en Homero; en Roma los festines de las exequias y de la alegría, á los cuales se unían representaciones escénicas; y en la edad media los banquetes, la caballería y las cortes de amor. Así como en Roma prevalecieron los espectáculos populares del circo, de los jugadores de manos, de los gladiadores y de las naumaquias, del mismo modo en Grecia predominaron los aristocráticos que tanta parte tuvieron en su cultura y adonde concurrían el pueblo á aplaudir, los nobles á disputar el premio, la religión á consagrar con símbolos y ritos los lugares, los movimientos, las coronas que se daban á los vencedores, como á dignos sucesores de aquellos hijos de los dioses, que habían instituido la agricultura y las leyes, y defendido la patria.

Píticos. En los tiempos en que la guerra estaba reducida á duelos, los legisladores debieron poner tanto cuidado en vigorizar y adiestrar los cuerpos, como negligencia tuvieron después cuando la invención de la pólvora igualó al débil con el fuerte. Cada país, por tanto, tenía sus juegos propios en que se competía en la lucha, en el baile, y en la música (1); y á algunos de ellos concurrían toda la Grecia y sus colonias. Entre estos eran solemnísimos los Píticos, los Nemeos, los Istmicos, y sobre todo los Olímpicos. Los Píticos recordaban la victoria de Apolo sobre Piton, fuese serpiente ó tirano: habiendo caído en desuso, fueron restaurados por los Anfictio-

(1) Véase la *Arqueología*.

nes después de la guerra sagrada contra los de Cirra y Crisa, y se celebraban de cinco en cinco años, entre el fin del mes elafebolion y el principio del muniquion, esto es, en abril, con competencia de caballos y cuádrigas, carreras armadas, el pancracio de los jóvenes y certámenes de pintura; el premio era una corona de laurel.

Nemeos. Arquemoro, hijo del rey de los Nemeos, abandonado por la nodriza, fué muerto por una serpiente; por lo cual, para mitigar el dolor paterno los héroes que asediaban á Tébas, celebraron juegos junto á la selva Nemea, entre Cleona y Fliunte. Estos juegos, abandonados y restablecidos muchas veces, llegaron á su máximo esplendor después de la derrota de los Persas, siendo dedicados á recordar la sangre vertida por librar á la patria de los extranjeros. El que los presidía, llevaba la vestidura parda, y se daban por premio coronas de yedra mortuoria. Se verificaban cada tres años, lo mismo que los Istmicos, que Teseo, vencedor del Minotauro con ayuda de Neptuno, renovó ó instituyó en el istmo de Corinto en honor del dios protector de los caballos. Á este héroe que puso fin á la guerra de los hombres con los elementos, le aseguró el oráculo de Apolo que « muchas ciudades habían perecido hasta entonces, pero » que la ciudad de Teseo, semejante á un odre, » subsistiría siempre sobre los olas embravecidas. »

Istmicos.

Olimpícos. Mayor nombre tuvieron todavía los Olímpicos, instituidos, según se decía, por el mismo Hércules, desusados en tiempo de la guerra de Troya, restablecidos por Ilio, rey de la Elide, contemporáneo de Licurgo, abandonados de nuevo, y vueltos á restablecer con tanto esplendor, que el nombre de los vencedores se esculpía en mármoles en el gimnasio de Olimpia. Un historiador de tiempos posteriores comprendió que aquella serie de nombres podía servir de cronología; y en efecto, con las Olímpicas empieza á distinguirse el tiempo de los Griegos, comenzando la primera en aquella en que venció Corebo de Elide en el solsticio de verano del año 776 á. C., veinte y tres años antes de la fundación de Roma (1). Estos juegos se celebraban cada cinco años en Olimpia, y duraban cinco días, con cinco diversos juegos (*pentatlo*), que eran asalto, carrera, lucha, tiro del disco y el dardo. La carrera se verificaba en una extensión que se llamaba *estadio*, y que vino á ser medida longitudinal para los Griegos, equivalente á un octavo de nuestra milla. Corriábase algunas veces hasta veinte y cinco estadios, llevando la enorme piedra que señalaba la meta. Lejos de la ferocidad de Roma, y mirando como oprobio el matar al adversario, el que combatía en ellos no debía ser esclavo, ni extranjero, ni

(1) El solsticio de verano del año 776, según Lalande, en el meridiano de Pisa, sucedió el 1.º de julio á las 14, 13 minutos y 53 segundos de la mañana, la luna nueva media el 8 de julio, á las 9, 29 minutos 55 segundos de la mañana.

infame, y estaba obligado á ejercitarse ántes por diez meses con un maestro.

En algunos puntos eran riquísimos los premios: en Sicione, en Tébas y en otras partes se daban al vencedor esclavos, caballos, mulas, vasos de cobre y de plata, armas y monedas. Algunos vencedores, cuando volvian á su patria, entraban en ella por una brecha abierta, como para significar que no habia necesidad de muros donde vivian tales ciudadanos: y á la entrada triunfal de uno en Agrigento asistieron trescientas carrozas, tirada cada una por cuatro caballos blancos. En Olimpia no se recibia por premio mas que una corona de acebuche; pero el Espartano que vencía en ellos, tenía puesto eminente en el ejército, y el Ateniense podía sentarse entre los magistrados en el Prítaneo.

Á los juegos acompañaban ceremonias religiosas y simbólicas: las metas se señalaban con el huevo de Cástor y Pólux, símbolo egipcio de la creacion: la efigie de Géres estaba en la barrera del circo: el carácter del gimnasiarca era sagrado: la pompa que precedía á los juegos era una procesion de cronología figurada, en que se sacaban las imágenes de los dioses, de los héroes, de los inventores de las artes (1); los juegos en sí mismos representaban el sistema del mundo, contándose doce carros segun las casas del zodíaco, y dándose siete veces la vuelta á estas segun el número de planetas.

Durante los juegos Olímpicos habia tregua en todas las enemistades; ningún hombre armado podia entrar en la Elide, cuyos habitantes, enriquecidos con el concurso de gente, nunca acometidos por ejércitos enemigos, libres de las contiñas disensiones de los Griegos, permanecian pacíficos entre inquietas poblaciones. « Con

(1) MACROBIO, Saturnales I, 23.

» razon, dice Isócrates (*Panegir*), alabemos á
» aquellos que instituyeron entre nosotros estas
» famosas asambleas, gracias á las cuales nos
» reunimos aquí como aliados. En ellas se olvi-
» dan nuestros odios; votos y sacrificios comu-
» nes recuerdan nuestra afinidad y estrechan los
» lazos de amistad; en ellas renovamos los an-
» tiguos vínculos de hospitalidad, y el igno-
» rante participa de ellas como el docto. En
» estas asambleas generales de los Helenos ce-
» lebradas en un lugar comun, los unos pueden
» ostentar sus riquezas, los otros contemplar
» las luchas; nadie es inútil en ellas; cada cual
» tiene sus gozes y todos se alegran, quién
» viendo los esfuerzos hechos para obtener la
» aprobacion, quién pensando que tanta multitud
» se reune para asistir á sus certámenes. »

La idea de hacer de la diversion una educa-
cion intelectual, y de convertir los placeres
sociales en deleites de la mente, hizo unir muy
en breve á los ejercicios corporales la música,
la poesia, la lectura; y mientras Alcibiades con-
ducía en un día siete carros, Pitágoras y Platon
disputaban entre los luchadores; los príncipes
de países lejanos mandaban sus caballos para
que disputasen el premio de la carrera; escul-
tores y pintores exponian al juicio público cua-
dros y estatuas que los modernos admiran sin
lograr imitarlas; Herodoto leía en estos juegos
sus historias, y Empédocles su poema de las pu-
rificaciones; en ellos Corina la menor arrebató
á Píndaro los laureles en el certámen vocal;
Esquilo, Sófocles, Eurípides representaban en
ellos sus trilogias; recitábanse oraciones aplau-
didas por un pueblo que perdonaba la presun-
cion, y hasta los delitos con tal que se supiese
halagar su oído: los hombres magnánimos go-
zaban de su gloria; Temístocles cogió allí su
mas dulce recompensa, y Platon gustó antici-
pidamente la inmortalidad.

ACLARACIONES

AL

LIBRO II

(A) pág. 156.

Las lenguas de Asia se dividen en siete familias.

1ª Familia de las lenguas semíticas, de las cuales las principales son la hebrea, la siria, la peleva, la árabe, la queeza y amarica.

2ª Familia de las lenguas caucásicas, que comprende principalmente la armenica, la georgiana, la circasiana, la abbasa, la awara, etc.

3ª Familia de las lenguas persas, que incluye la zenda, la persa, la curda, la afgana, etc.

4ª Familia de las lenguas indias, que comprende la sanscrita y una multitud de dialectos como el indostano, el bengales, el malayo, el cingales, etc.

5ª Familia de las lenguas de la region transgángé-
tica, como la china, la tibetina, la coreana, la japo-
nesa, etc.

6ª Familia de las lenguas tártaras, cuyos princi-
pales idiomas son el manchú, el mogol, el turco, etc.

7ª Familia de las lenguas de la region siberiana,
que comprende diversos idiomas poco conocidos
y que se hablan en el Noroeste del Asia.

LA FAMILIA SEMÍTICA puede dividirse en cinco
ramas:

1ª Lengua hebrea. — El hebreo antiguo fué ha-
blado y escrito por los Israelitas hasta la cautividad
de Babilonia, despues de la cual cesó de ser hablado
y se convirtió en lengua docta. En este idioma están
escritos todos los libros sagrados hasta el profeta
Malaquías inclusive.

Es probable que el alfabeto que usan hoy los Sa-
maritanos fuese el de los Judíos en este periodo;
pero actualmente emplean caracteres que trajeron
de la esclavitud y que deberían llamarse caldeos.
Léese de derecha á izquierda como todas las lenguas
semíticas. La samaritana y la rabínica pueden ser
consideradas como dialectos de la hebrea. La pri-
mera tiene algo de caldea y de siria y parece ha-
berse formado en el siglo VII ántes de Jesucristo, á
consecuencia de la mezcla de los hebreos que ha-
bitaban el reino de Israel, con las colonias asirias en-
viadas á la Judea para reemplazar á los que fueron
llevados cautivos á Babilonia. Existen todavía Sama-
ritanos en diferentes ciudades del Asia; pero Na-
plusa en Palestina puede considerarse como su
patria. Su lengua usual es el árabe vulgar. Los sabios
hebreos del siglo XI fundaron la rabínica, mezcla
del caldeo y del hebreo antiguo. Despues penetró en
esta una multitud de vocablos extranjeros españoles,
italianos, alemanes, holandeses, polacos, y en suma de
todos los países donde se encuentran esparcidos los Ju-
díos. La lengua rabínica se escribe con los mismos
caracteres que el hebreo antiguo (caldeo-hebraicos);
pero en la escritura cursiva toma formas ménos estables.

La lengua fenicia se hablaba en toda la Siria y di-
feria poco de la hebrea. El comercio y las colonias fe-

nicias la difundieron por todas las costas é islas de
Mediterráneo; las medallas en que se han podido ob-
servar sus caracteres, y algunas inscripciones, parecen
demostrar que su alfabeto se asemejaba al antiguo he-
breo, segun lo han conservado los Samaritanos.

La lengua de los Cartagineses, si no propiamente fe-
nicia, á lo ménos dialecto poco alterado de aquella,
fué hablada durante la dominacion de Cartago en
África, España, Sicilia, Cerdeña, Malta, etc. Algunas
inscripciones, unas pocas medallas, y diez y seis ver-
sos insertos en el *Poenulus* de Plauto, son los únicos
vestigios que de ella quedan; ni ya se habla, á no ser
que se encuentre algun resto de ella en el dialecto her-
berisco ó acaso en el maltes. El mismo Miguel Antonio
Vassalli que en 1791 habia impreso *Mylsen Phœnico-
Punicum sive Grammatica melitensis*, abandonó esta
opinion en la *Gramática de la lengua maltesa* impresa
en 1827, donde dice que en su opinion esta lengua es
un dialecto del árabe.

2ª Lengua siria ó aramea. — Comprende dos
idiomas, el sirio y el caldeo, divididos en otros varios
dialectos. Se la llama aramea por el país en que se
usa, pues la Siria, la Mesopotomia, la Caldea, la Asi-
ria, etc., son llamadas *Aram* por los autores bíblicos.

La lengua siria estaba esparecida antiguamente desde
el Mediterráneo y la Judea hasta la Média, la Susiana
y el Golfo Pérsico, y se usaba en todas las colonias es-
tablecidas en las orillas del Tigris y del Eufrates.

La literatura siria floreció en los siglos V y VI de
nuestra era; pero la lengua tal como nos ha sido tras-
mitida en los libros, contiene muchas palabras griegas
introducidas durante la dominacion de los sucesores de
Alejandro. Varios padres de la Iglesia han escrito en
esta lengua, la cual posee tambien alguna obra his-
tórica. Es igualmente la lengua eclesiástica y lite-
raria de los Jacobitas, Nestorianos y Maronitas y
antiguamente estuvo esparecida por toda la Persia,
y aun por la Tartaria, donde la introdujeron los co-
merciantes nestorianos. Hay cuatro alfabetos sirios;
1º el *estranguelo*, el mas antiguo y que se encuen-
tra solamente en los antiguos monumentos; 2º el
nestoriano, que parece tomado del estranguelo; 3º el
siriaco ordinario, llamado tambien *maronita*, en el
cual están impresos en Europa los libros sirios; 4º el
llamado de los cristianos de Santo Tomas, porque lo
usan los cristianos de este nombre en las Indias.

Los principales dialectos de la lengua siria son el
palmirano, que se habló en tiempos antiguos en Pal-
mira (Tadmor), del cual quedan inscripciones explica-
das por el Señor Saint-Martin; el *nabato*, que es la
lengua de los habitantes de Wasit entre Bagdad y
Basora; el *sabeo*, que todavía está en uso entre los
sectarios designados por los Árabes con este nombre y
que se dan á sí mismos el de Mendaitas, Nazarenos ó
Caldeos, y entre los individuos de otra secta llamados
cristianos de San Juan, que habitan las cercanías de